

Maestro Daniel Herrera Restrepo*. Por los senderos del filosofar

Professor Daniel Herrera Restrepo.
On the paths of philosophizing

Mestre Daniel Herrera Restrepo. Pelos caminhos do filosofar

Fecha de entrega: 19 de agosto de 2017

Fecha de evaluación: 30 de agosto de 2017

Fecha de aprobación: 10 de septiembre de 2017

*Miguel Ángel Villamil Pineda***

Los maestros se distinguen por esa maravillosa capacidad de ver al hombre con ojos nuevos, de llamarle a nuevas conquistas en sí mismo. Los maestros tienen la tarea de revelar a la humanidad la grandeza que lleva en sí misma sin saberlo. Tras ellos, el hombre no aparece como antes de ellos. El hombre se ha descubierto un rostro nuevo, hecho de sombras y claridades nuevas, se siente llamado a dar un sentido inédito a su existencia.

Hablar de la vida y obra del maestro Daniel resulta una tarea muy difícil y compleja si tenemos en cuenta su vasta obra y su larga vida. Después de dar muchas vueltas, finalmente llegué a la conclusión de que hay una palabra que sintetiza y articula la vida

* El 28 de julio de 2017 falleció el profesor Daniel Herrera Restrepo, reconocido fenomenólogo y maestro de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Santo Tomás. Fue también docente de la Universidad Nacional y del Valle. Su obra más conocida, entre múltiples publicaciones, es *Escritos sobre fenomenología*, de 1986, editado por la (Universidad Santo Tomás dentro de la "Biblioteca Colombiana de Filosofía".

** Doctor en Filosofía y docente investigador de Humanidades en la Universidad Santo Tomás. Magister en Filosofía Latinoamericana y Licenciado en Filosofía y Letras.

y obra del maestro Daniel. Esa palabra es *filosofar*. Ahora bien, conviene hacer una aclaración de inicio. *Filosofar* es un verbo que alude a una acción, a un ejercicio, a una praxis. Se diferencia de la palabra *filosofía*, que indica un sustantivo o una sustancia. En este sentido, considero que la vida y obra del maestro Daniel proporciona una ruta orientadora en la medida en que acompañemos sus diversas aventuras realizadas por los senderos del filosofar. Estas aventuras pueden ser interrogadas a partir de preguntas como las siguientes: ¿Tiene razón de ser el filosofar? ¿Quién filosofa? ¿Cómo filosofar? ¿Con quién filosofar? ¿Para qué filosofar?

En el año 2009, en los recintos de la Universidad San Buenaventura, con los ojos cansados, con la salud menguada, pero con el espíritu radiante, el maestro Daniel pronunció la lección inaugural de la Facultad de Filosofía. Paradójicamente, esa lección inaugural fue su última intervención en público. Con el paso del tiempo, puedo decir que su última intervención en público inauguró algo más que un semestre: inauguró un legado, una herencia espiritual. Es como si el atleta consumado, después de correr muchos kilómetros, extenuado por toda la energía consumida, entregara el testigo a las próximas generaciones para indicar que su vida y su esfuerzo tuvieron sentido. Esa lección inaugural, que fue publicada en la revista *Franciscanum* núm. 153, tuvo el siguiente título: “¿Tiene razón de ser el filosofar?”. De manera coloquial y didáctica, interpelemos al maestro Daniel con las preguntas formuladas anteriormente. Escuchemos de viva voz sus respuestas.

¿Quién filosofa?

Ser filósofo es estar dispuestos a apropiarnos críticamente del saber existente para convertirlo en materia prima de nuevas verdades. Estar plenamente convencidos de que lo único que nos puede interesar es el diálogo, la controversia civilizada de las ideas, la confrontación respetuosa de diversos puntos de vista y, sobre todo, el reconocimiento del otro como persona. Nadie, como el filósofo, debe tener claridad de que ser hombre es ser persona y que solo somos personas cuando reconocemos frente al propio yo un tú, un otro yo que no solo me interroga y me inquieta, sino que, de la misma manera, me reconoce y me promueve, así como yo también lo inquieto, lo reconozco y lo promuevo. Ser persona no es pertenecer a una misma especie biológica, sino reconocer en el hombre un “otro” y encontrar en sí mismo a este “otro”. Como filósofos somos expresión, o queremos serlo, del poder del pensamiento y no

del poder político o religioso, un pensamiento que se esfuerza por explicitar a nivel de la predicación lo que vivimos realmente en el mundo de la vida cotidiana.

¿Cómo filosofar?

Para responder a este interrogante tenemos que regresar a Grecia, cuna del filosofar occidental. En el pensamiento y en la vida de Sócrates encontramos los rasgos fundamentales que caracterizan el filosofar. Para el maestro de Platón, el problema fundamental de la filosofía es el propio ser del hombre y no la naturaleza como lo habían pensado los presocráticos. De aquí su invitación al *conócete a ti mismo*, lo que implicaba delimitar las posibilidades del conocimiento, comenzando por el reconocimiento de nuestra ignorancia inicial y del asombro que debería servir de punto de partida en el proceso del pensar. Tal era el sentido de su máxima *Yo solo sé que nada sé*. Añadamos que para él lo anterior era prerrequisito indispensable para que tanto el hombre como la sociedad pudieran realizarse más plenamente y para que la realidad pudiera llegar a ser transformada en función de lo que le es lícito llegar a ser tanto al uno como a la otra. Por otra parte, Sócrates consideró que todo saber debería ser un saber sistemático que rechaza toda incoherencia lógica, un saber crítico frente al propio saber y crítico frente al saber de sus contemporáneos y, finalmente, un saber prospectivo y operativo, es decir, un saber que pretende contribuir a la configuración de la existencia humana y la de la sociedad, a partir de ideales razonables. El maestro Sócrates, por otra parte, al decirnos que en su pensar se sentía “impulsado” por un espíritu interior, nos puso de presente que el filosofar responde a una vocación y que la decisión de responder afirmativamente a esta vocación implica la decisión de asumir, hasta sus últimas consecuencias, la defensa de los puntos de vista de sus logros intelectuales. Querer saber, querer poseer un verdadero saber sobre el hombre y la ciudad, entender este saber como un saber crítico y operativo; hacerlo con afán de servicio, con desprendimiento y libertad; poner en ello la vida hasta sus últimas consecuencias; hacerlo de una manera coherente, tales fueron algunas de las características del pensamiento y de la vida de Sócrates quien, de esta forma, se constituyó en la conciencia crítica de su sociedad. Sin filosofar ni el hombre ni la sociedad pueden descubrirse como seres cuyo ser es un tener que llegar a ser, lo que implica formular utopías, normas ideales de existencia individual y colectiva. Añadamos que Platón y Aristóteles fueron lo que fueron porque tuvieron a maestros como Sócrates, que los inquietó con los problemas fundamentales de la existencia humana y los colocó por el camino para responder a dichos problemas.

Actualmente, las rupturas epistemológicas con la Grecia antigua se han ampliado. Hoy en día la filosofía es definida como un discurso crítico, sistemático y prospectivo, no sobre la realidad en sí misma, sino sobre las diversas praxis humanas frente y a partir de la realidad: praxis económicas, lingüísticas, estéticas, científicas, religiosas, éticas, políticas, jurídicas, las cuales han dado origen a filosofías “especializadas”: filosofía de las ciencias, del arte, del lenguaje, de lo ético, filosofía de la religión, filosofía política, etc. Lo anterior significa que, en el nivel social y cultural, el filosofar es una exigencia del ser del hombre considerado individual y socialmente, como condición de posibilidad de una realización más plena, tanto de la persona como de la sociedad. Esto explica por qué el filosofar ha sido una actividad ininterrumpida en la historia humana. El hecho de su existencia histórica es suficiente para precisar una justificación radical: sin filosofar ni el hombre ni la sociedad pueden llegar a conocerse a sí mismos ni a configurar su existencia como deberían hacerlo, de acuerdo con principios formulados por la razón. Ciertamente no basta la filosofía, pero sin ella la sociedad perdería una de las grandes posibilidades de realizarse más plenamente. Es ella la que ofrece los marcos teóricos y los esquemas conceptuales que permiten hacer inteligibles la realidad humana y sus diversas prácticas. Ella contribuye, igualmente, a la autoliberación y autorrealización humana: a través del pensar y de la praxis, el hombre conquista su ser y su libertad. Cuando los productos de esta praxis, por ejemplo, el Estado o la política, adquieren una autonomía que en sí mismos no poseen, como ha sido el caso en los diversos regímenes totalitarios que ha conocido la historia, dichos productos, en lugar de contribuir a la realización del ser personal, social e histórico, se convierten en nuevos absolutos que nos condicionan, alienan y esclavizan, aún más de lo que estábamos antes. En este sentido, el filósofo está llamado a ser la conciencia crítica de la sociedad. El filósofo también tiene como tarea proyectar modelos operativos que posibiliten la transformación de esta.

Kant planteó que no se aprende filosofía, sino a filosofar. El filosofar exige el dominio de ciertas “técnicas” y el desarrollo de ciertos hábitos mentales. Citemos tan solo el dominio de los procesos implicados por el razonamiento: inducción, deducción, análisis y síntesis; o los relacionados con la comprensión: clasificación, sistematización, simbolización y verbalización; o, finalmente, los que presuponen la solución de problemas: transferencia y relación. Husserl, en carta a su discípulo Dorion Cairns, le recuerda: “Tenga en cuenta Ud. que mis escritos no aportan resultados que haya que aprender como fórmulas, sino fundamentos para que Ud. mismo pueda construir;

métodos para que Ud. mismo pueda trabajar; problemas que Ud. mismo debe resolver. Este mismo es Ud., si Ud. quiere ser filósofo. Pero recuerde que filósofo sólo se es como queriendo llegar a serlo, a saber, en evolución y queriendo seguir evolucionando”.

¿Con quién filosofar?

Para el cultivo de las mencionadas técnicas y hábitos mentales es indispensable el contacto con los textos clásicos, contacto que posibilita de una manera viva y directa la experiencia del filosofar. Solo así el estudiante aprende a situarse frente a los problemas concretos que definen su presente, pues la enseñanza de la filosofía no es la simple transmisión de una serie de contenidos, sino la puesta en marcha de la propia capacidad de pensar bajo la tutela de quienes realmente lo han hecho. Entre la filosofía y su enseñanza se da una relación esencial. El filosofar implica una formación y una educación. Así lo comprendieron Platón y Aristóteles al fundar, el primero, su Academia y, el segundo, su Liceo. Tener experiencia de lo que es filosofar implica saber leer un texto clásico, contextualizarlo históricamente, delimitar las categorías y las teorías allí implicadas, saber relacionarlas con el presente y con el futuro que puede ser pensado y deseado, asumir una actitud crítica no solo sobre el pensar de los otros, sino también y de manera especial sobre su propio pensar.

Hemos llamado la atención de cómo la mayor experiencia del filosofar se da en el contacto directo con los textos clásicos del filosofar. Solo aprendemos a filosofar bajo la tutela de los que realmente han filosofado. Las “clases” que se imparten deben ser espacios no para memorizar lo que pensadores de siglos pasados afirmaron, sino para que sus estudiantes comprendan que el presente que viven responde a los horizontes de futuro que los filósofos del pasado abrieron y que su única razón de ser es el ampliar esos horizontes para la generación que está en sus manos. Repitamos algo que ya hemos afirmado: el hombre es un ser cuyo ser es tener que llegar a ser. Una piedra en sí misma solo es piedra, y punto. Si llega a ser cimiento de un edificio, material para un monumento, o algo diferente, eso lo ha decidido el hombre. La piedra no define su futuro. El único ser que define su futuro es el hombre. Y lo hará en la medida en que esté capacitado para someter a una crítica transformadora de los principios teóricos y de los valores que rigen en el mundo que le ha tocado vivir.

Para el logro de lo anterior, creo fundamental darles una primacía a los seminarios en los programas curriculares de una Facultad de Filosofía. Lo que se hace en los laboratorios de las verdaderas facultades de ciencia, en las de filosofía se hace en los seminarios de textos. Esto es, trabajar en aquello mismo en que trabaja el científico bajo cuya dirección se aprende: ver cómo trabaja, tratar de imitarlo, ser corregido por él, hacerlo cada vez mejor, más personalmente, hasta prescindir del maestro. No hay otro camino, porque aprender a trabajar es adquirir ciertos hábitos, y estos no se adquieren solamente al recibir información, sino en el ejercicio repetido de la práctica. Filosofar es algo que solo se aprende bien, filosofando junto con los grandes filósofos, es decir, con los grandes clásicos de la historia del pensamiento. El papel del verdadero maestro consiste en servir de intermediario entre los estudiantes y los clásicos, y de esta manera conducir a aquellos hasta el logro de su plena formación, es decir, hasta que aprendan a trabajar por su cuenta y riesgo. Nada puede sustituir al estudio de las grandes obras clásicas: solamente en ellas es posible hallar el detalle vivo, creador del filosofar mismo. Y el órgano académico para realizar la lectura y la asimilación de estas obras es el seminario de textos. Los seminarios constituyen lo más fundamental desde el punto de vista metodológico de la enseñanza de la filosofía. El trabajo filosófico es, esencialmente, diálogo entre los estudiantes y de los estudiantes con el profesor y el espacio más apropiado para este diálogo es el seminario, en donde una rica participación permite, no la entrega de un saber definitivo, sino la puesta en común de problemas que *no han tenido solución sino historia*, de recursos metodológicos, de medios de expresión, de técnicas conducentes a precisar la experiencia vivida y la búsqueda de alternativas de solución a los problemas que vitalmente se llegan a delimitar. Los seminarios son los espacios en donde más fácilmente se cumple una de las condiciones fundamentales del filosofar: la necesidad de someter a discusión y crítica todo punto de vista particular a partir de la conciencia de que somos seres sociales, intersubjetivos, en un mundo que nos es común y dentro del cual intersubjetivamente tenemos que definir no solo el ser que queremos ser, sino también el futuro ser de nuestros hijos biológicos y el futuro ser de aquellos que el día de mañana dudarán quién fue más importante en su vida: si su madre biológica o su maestro.

¿Para qué filosofar?

Hemos enfatizado que el filosofar está en función de la realización plena del hombre y en la creación de un mundo merecedor de la dignidad de la persona humana. De

aquí que todos los grandes filósofos se hayan interesado por los problemas éticos. Por ejemplo, Aristóteles escribe tres tratados de ética; Kant declara abiertamente la primacía de la *Crítica de la razón práctica* sobre la *Crítica de la razón pura*. Husserl, por su parte, a partir de su concepción del hombre como un ser cuyo ser es tener que llegar a ser, se pregunta cómo lo podría lograr y responde: “configurando su existencia a partir de los valores como ideales de la razón”. Y consciente de que lo ideal nunca se logra realizar plenamente, considera al hombre como “un ser de tareas infinitas”.

Comencemos por recordar que los griegos no reconocieron al hombre como persona. El hombre fue visto por ellos como ciudadano y, como tal, su existencia fue determinada en función de la *polis*. A esto tenemos que añadir que los reconocidos como ciudadanos fueron una gran minoría. Platón y Aristóteles se esforzaron en demostrar que los esclavos no eran verdaderos hombres. Para el griego, el hombre era un algo impersonal entre las cosas y no un “alguien”. Y aunque lo consideró como sujeto ético, debemos recordar que, dada su visión, la ética estaba subordinada a la política y no la política a la ética. De ahí que tampoco ellos hablaran de derechos humanos, sino de los deberes del hombre como ciudadano.

Fue el cristianismo el que introdujo en la cultura occidental la visión del hombre como persona: como un ser sagrado, en cuanto creado a imagen y semejanza de Dios, sujeto de derechos inalienables, libre y, por lo mismo, responsable, ser de relación en pie de igualdad con los otros, un “alguien” a quien le es dado proyectar, a partir de sí mismo, el ser que quiere llegar a ser mediante el reconocimiento y apropiación de determinados valores. Recordemos que en las oraciones fúnebres no se alaba al difunto por haber sido hombre. Se le alaba su personalidad, es decir, lo que llegó a ser: recto, justo y equitativo, honrado, solidario, respetuoso de la dignidad del otro, amante de la verdad, creador de ciencia y tecnología, etc. A este nivel solo se puede hablar de una ética de máximos, pues la persona nunca puede sentirse satisfecha consigo misma. Ella es un ser de “tareas infinitas”. De allí que los grandes pensadores, creadores de una moral sabiduría y no de una moral código, nunca formularon normas de conducta, sino que ofrecieron ideales de vida. Vale la pena recordar aquí que Yavé, antes de entregarle a Moisés la tabla de los diez mandamientos, le manifestó a este que, dado que los israelitas eran hombres de dura cerviz, les exigiera a estos que, al menos, cumplieran con ese código y que cuando a Cristo se le preguntó qué se debía hacer en determinada situación, nunca respondió a la pregunta que se le hacía, sino que invitaba a realizar un ideal de vida: propio de una moral sabiduría.

Lo anterior nos exige formular una pregunta: ¿se pueden enseñar los valores? Claro que sí. Pero el interrogante verdadero es si podemos educar en valores. Y responderemos también afirmativamente, pero con una limitación fundamental: lo podemos hacer solo en la medida en que nosotros mismos los poseamos. La apropiación de los valores, aquellos que le permiten a la persona llegar a ser una personalidad, presupone necesariamente un contexto vivencial que facilite su reconocimiento y, una vez reconocidos, que se haga presente un impulso vital hacia ellos, la llamada “estimativa”. Los valores no se decretan ni son apropiados mecánicamente por la sola memorización de los contenidos ofrecidos en una clase de ética cuyo objetivo, de ordinario, se reduce a dar a conocer ciertas teorías y no a formar críticamente las conciencias de los estudiantes para que lleguen a estimar todo aquello que les permitiría llegar ser más y mejores. Los valores no necesitan profesores sino maestros en el sentido pleno de esta palabra, es decir, personas que no solo enseñan a pensar críticamente sino, y sobre todo, a llegar a ser más plenamente, indicándoles a sus alumnos, con sus propias vidas, los senderos que necesariamente hay que recorrer para lograrlo.

Casi en todos los proyectos de programas académicos se insiste en que uno de los propósitos, al lado de la “excelencia académica”, es la “formación integral de los estudiantes”. ¿Será cierto? Creo que, de ordinario, la mayoría de los estudiantes y profesores desconocen hasta los objetivos éticos formulados en los estatutos, por parte de los fundadores o directivos de nuestras instituciones universitarias. Como ya hemos tenido la oportunidad de decirlo en estos claustros, sin duda alguna que todos esperamos que nuestros estudiantes nos recuerden no solo porque les abrimos los libros de los grandes filósofos sino, ante todo, porque les abrimos el libro de nuestras propias vidas. Sí, el libro de nuestras vidas, con nuestras esperanzas y desilusiones, con nuestros triunfos y derrotas, con nuestras tristezas y alegrías, con lo que la vida nos ha enseñado, con los antivalores que nos han impedido llegar a ser lo que hubiésemos querido llegar a ser; pero, sobre todo, con nuestros valores que nos han permitido llegar a ser lo que somos y que ellos pudieron comprobar y apreciar en nuestro diario convivir: nuestro sentido de responsabilidad, de justicia, de rectitud, de solidaridad, de cooperación; nuestro equilibrio mental y emocional, de coherencia lógica entre lo que enseñamos y lo que vivimos, nuestra capacidad de comprensión, nuestra sinceridad y honestidad al reconocer los límites de nuestro saber al responder a sus interrogantes; nuestra pasión por la verdad, la seriedad y rigor en nuestro trabajo; nuestra humildad a causa de nuestra ignorancia —por algo

investigamos—, la prontitud para aceptar las críticas que le dirijan al resultado de nuestra labor, nuestra capacidad para el diálogo y, de manera muy especial, nuestro respeto por la persona humana en cada uno de ellos.

¿Tiene razón de ser el filosofar?

Frente a las corrientes de pensamiento que declaran el fin de la filosofía, hay que afirmar enfáticamente que la filosofía no ha muerto. Si por filosofía entendemos la búsqueda de nuevos caminos que nos permitan el acceso a la explicitación del sentido de la experiencia humana y del mundo de la vida, entonces filosofar es un ejercicio perenne, una actividad que siempre se está proyectando hacia un horizonte de posibilidades y de tareas infinitas. El futuro de la filosofía es inagotable porque la experiencia humana y el mundo donde esta se hace vida, en sentido estricto, son inagotables. Si una de las tareas del filosofar es aprender a vivir con sentido, entonces, siendo humildes, debemos reconocer que en aprender a vivir se nos va la vida.

El legado que podemos dejar al caminar por los senderos del filosofar, más que respuestas definitivas, consiste en abrir caminos para pensar lo impensado, abrir nuestros espíritus hacia horizontes inéditos e insospechados. De acuerdo con Heidegger, la doctrina de un pensador es lo inexpresado en sus expresiones, lo cual se brinda a las futuras generaciones para que en virtud de ello usen y gasten su ser. En consecuencia, el trabajo de los maestros de filosofía vale no solo por los frutos que cosechan en su caminar, sino también por los gérmenes de futuro y de esperanza que dejan sembrados. Por lo tanto, es a los discípulos a quienes les toca validar y prolongar el caminar de los maestros. Sus discípulos son los que tienen en frente la tarea de ampliar el concepto de filosofía heredado y, a partir de allí, dar cuenta del ser y quehacer de la humanidad, en general, y de la humanidad latinoamericana y colombiana, en particular.

Esperamos que para nuestros discípulos, las sombras del pasado y del presente de nuestro filosofar sean el anuncio de la futura epifanía de una mayor comprensión de lo que es el hombre en su integralidad, de lo que es la comunidad de los hombres en sus relaciones intersubjetivas, y de lo que es el mundo de la vida donde el hombre integral en relación con sus congéneres realiza el *télos* de su existencia. Tenemos un rico futuro filosófico. Esto nos anima a seguir luchando por superar los obstáculos que se oponen al desarrollo de la filosofía en Colombia.

Finalmente, quisiera aprovechar este espacio para decir, en nombre de todos los discípulos del maestro Daniel Herrera Restrepo, mil gracias por mostrarnos con su testimonio de vida personal e intelectual un horizonte que nos estimula a seguir caminado y a seguir creyendo que filosofar tiene razón de ser en tanto abre sendas de autorrealización y autoliberación.

Maestro Daniel Herrera Restrepo: ¡Gracias!